

EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 6 Enero 1906.

Núm. 1.

A Nuestro Santísimo Padre Pío X

Después de ofrecer nuestro humilde pensamiento á los pies de la Santísima Virgen en el día de la Octava de su Purísima Concepción, á nadie mejor que á vuestra Santidad, RESTAURADOR DE TODAS LAS COSAS EN CRISTO, podríamos dedicar nuestros modestos trabajos, encaminados á cumplir los preceptos de vuestra Santidad en cuanto se refieren á la instrucción del pueblo en la Doctrina Cristiana.

Dígnese, pues, vuestra Santidad reiterar la bendición que ya tuvo á bien enviar á estos sus humildes hijos, para que sus deseos, pensamientos y obras sean conformes á los que vuestra Santidad nos enseña en su inmortal Encíclica «Acerbo nimis».

La Redacción.

A continuación transcribimos el telegrama dirigido por el Excmo. é Itmo. Prelado y Profesores del Seminario y la contestación con que nos ha honrado Su Santidad.

«Roma.

Emmo. Cardenal Secretario Estado.

Prelado y Profesores Seminario, deseando cumplir mandatos Encíclica «Acerbo nimis», propónense publicar Revista Doctrina Cristiana, titulada EL CATEQUISTA. Celebrada Misa implorar protección Santísima Virgen postrados humildemente pies de Su Santidad, piden su bendición.—OBISPO».

«Roma, 17-4-15.

Obispo Cuenca.—España.

Su Santidad alaba pensamiento publicar Revista Doctrina Cristiana y bendice redactores y suscriptores EL CATEQUISTA.

CARDENAL MERRY DEL VAL».

Al desocupado lector.

Siquiera por no seguir las corrientes, puesto que tan enturbiadas están, debíamos propinarte la primera hoja catequista sin recomendación alguna, sin promesas reiteradas, que Dios sabe si han de cumplirse, y hasta sin determinar punto por punto el objeto y fin que nos proponemós; no sea que el mucho recomendarla acuse poco valer, y pensando abrazar mucho, abarque, menos de lo que fuera de desear.

Te la enviamos, pues, monda y lironda, sin afeite ni aditamento de ninguna suerte; advirtiéndote, empero que nuestro deseo es seguir las indicaciones del Sumo Pontífice en sus fervientes ansias de restaurar todas las cosas en Cristo, por lo que toca al punto que creemos fundamental: instrucción catequística. Juzgamos de la mayor, por no decir única, importancia, dar á conocer ese pequeño y prodigioso libro que transformó al mundo y del que hoy tan necesitadas están aún las clases que pasan por instruídas.

A nadie se oculta, por ser evidentísima, la guerra que hoy, como en todos los tiempos, se hace á la verdad católica, acrecentada por los mayores y rapidísimos medios de propaganda que los enemigos emplean, toda vez que recurren al folletín, á la novelucha inmoral, á la caricatura y sobre todo á arrancar, sea como fuere, del corazón del niño y la juventud hasta la idea de la misma verdad que combaten. Lo que tal vez muchos desconozcan es que en esta lucha la verdad padece, pero no es leal y propiamente la verdad combatida. Fragan los impíos un catolicismo á su modo, un fantasma burdo, un muñeco ramplón, á quien bautizan con el nombre de doctrina cristiana y pelean contra ella; pero al obrar tan ruin ó arteramente, si no se equivocan, simulan equivocarse y engañan á las muchedumbres, haciéndoles tragar como doctrina despreciable de Cristo, para que la vomiten, lo que no es más que su grotesca caricatura.

Que vea el pueblo la verdad tal cual es, y creará el pueblo; que la conozca, y la amará seguramente; y amándola se moverá á practicarla, con la ayuda de Dios.

Deber es del sacerdote regenerar en este sentido la sociedad; más su deber se halla coartado en demasía, porque gran parte los miran con recelo, pocos son amigos de sermones y confesonarios y todo el mundo sabe que no parece bien un ministro del Señor en el escenario de un teatro, en la tribuna de un mitin, ni en las barberías y tábernas, hablando de lo que la ignorancia desprecia.

Denme un medio de que las sencillas y claras, á la vez que profundas y universales verdades evangélicas se difundan, y está nuestro pensamiento. Nada de retóricas, de escarceos literarios, de tesis metafísicas, de cuestiones internacionales, por lo que se refiere á charlar y perder el tiempo.

Catecismo, mucho catecismo. Que vuelen sus hojas como el polen de las flores y Dios hará que fecundicen; que caigan como gotas de rocío en las almas, que el suelo se siembre de verdad y triunfará el bien.

Morimos de hambre; anémicos, tísicos de cuerpo y de alma, y necesitamos pan abundante para aquél; pan nutritivo para ésta; si supiéramos el catecismo daríamos el último al espíritu y no negaríamos á los pobrecitos el primero.

Haga Dios que nuestra obra prospere y los buenos ayúdenos, sobre todo, los sacerdotes: que si en nuestros humildes tra-

bajos no encuentran nada que aprender, tal vez hallen un auxiliar poderoso para cumplir su misión tan delicada y sublime.

Desde este primer número, saludando á toda la prensa católica, nos ponemos bajo el manto protector de María Inmaculada, siempre sumisos á la voz de nuestro Santísimo Padre Pío X y de nuestro amadísimo Prelado.

Cnenca, 1.º de Enero 1906.

La Redacción.



Catequística.

Artículo que sirve de prólogo,

ó bien Prólogo que sirve de artículo.

I

Cosa es muy puesta en razón que el prólogo, que suele servir de encabezamiento á los libros, sea lo último que se escribe, aunque es lo primero que se pone. Mas en este libro, ó lo que saliere, á que hoy damos comienzo, forzoso nos es invertir el natural orden; pues el libro está por escribir, y el prólogo debe ser por donde nuestros suscriptores hayan de dar principio á la lectura de nuestra sección de *Doctrina cristiana*.

No podremos, por lo mismo, dar en el prólogo el compendio de nuestro futuro escrito, como es muy general costumbre; cosa que, por otra parte no nos hace gran falta, ya que nuestro compendio y la traza de nuestra labor es el *Catecismo de la cristiana doctrina*.

Lo que sí esperamos que Dios nos conceda, es estampar en este primer artículo-prólogo algunas razones por las cuales se pueda ver con toda claridad la mucha excelencia de la doctrina contenida en el *Catecismo*, y lo mucho que vale á los ojos de Dios, y debe, por tanto, valer á los de los hombres la trabajosa y santa ocupación de enseñarla á los que no la saben.

Excelencia de la Doctrina cristiana. Cuánta sea la excelencia y la grandeza de esta doctrina, es cosa que jamás será bas-

tante ponderada. Ella es lo más escogido y de más subido precio de la *palabra de Dios*. Dios es grande, magnífico y soberano en todas sus obras. Esa soberanía, magnificencia y grandeza resplandecen con asombrosa brillantez en el inmenso campo de la creación, templo natural de su sabiduría y omnipotencia sin límites. En ese templo del universo sensible ha puesto el Señor escuela de profundas y elocuentes enseñanzas. La naturaleza creada es un libro extendido y desplegado ante nuestros ojos por la mano del Supremo Hacedor, con el intento de que leamos con las luces de nuestra razón, apoyada en lo que que la entra por los sentidos, las grandes verdades relativas á la existencia del mundo y al ser que lo sacó de la nada.

En ese inagotable é inmenso libro han leído todos los sabios y aun todos los hombres, desde Adán hasta nosotros, y seguirán leyendo los que nos sucedan en las futuras generaciones hasta la conclusión del mundo, y el libro sigue íntegro como el primer día, y la mayoría de sus verdades siguen aún ocultas á los genios que más han sobresalido entre los mortales.

Los cultivadores de toda clase de conocimientos, desde el que guarda sus ganados en el campo ó cultiva sus haciendas, que fueron las primeras ocupaciones de los hombres, hasta el que se esconde en las capas de la tierra ó se remonta á lo alto de los cielos, para examinar el origen y compostura del globo en que habitamos, ó descubrir la posición y marcha de las estrellas del firmamento, que son de las ciencias más cultivadas en estos tiempos, si es que hallan y conocen la verdad, es porque han acertado á leer en ese libro de la creación que Dios desarrolló ante su presencia. Pero si conocen, ó, mejor, juzgan conocer cosas que no están en ese libro, entonces lo que conocen no es la verdad, escrita por el Creador en la naturaleza, será un error, una quimera, una ilusión.

Por desgracia la mayoría de los hombres no han acertado á leer en ese libro. En vez de leer en él las verdades grabadas por la pluma del Altísimo, han leído errores que favorecían sus prejuicios ó halagaban sus pasiones.

Han hecho que el libro dijera lo que ellos quisieron, no lo que Dios les había mandado.

¡Inocentes! La verdad no consiste en acomodar el mundo á

nuestros locos desvaríos, sino en acomodar nuestra inteligencia á la realidad de las cosas; en conocerlas tales cuales son en sí.

Por no acomodarse á esta sencilla regla y no humillar su entendimiento en obsequio de Dios, han llegado muchos desgraciados á admitir la eternidad del mundo, la inteligencia de la materia, la soberanía de la razón ó voluntad humanas, y la total independencia del hombre y de las sociedades respecto de su Criador, y á negar, por tanto, la existencia de Dios, el divino gobierno del mundo, la existencia del alma humana, la libertad del hombre, el juicio, el infierno, la eternidad; en una palabra, todo el conjunto de verdades naturales y evidentes.

No bastó, pues, á la perversidad y á la insipiencia del hombre el libro de la naturaleza, y fué necesario que el Señor, compadecido, le diera otro libro más expresivo, más luminoso y más excelente, y le dió el libro de la Revelación.

Aquí aparece la primera razón de la excelencia de la doctrina revelada. Esta vino como remedio de más valor para la enseñanza del hombre y para la curación de sus enfermedades. No le bastaba la palabra de Dios impresa en la existencia y leyes del mundo natural, y hubo necesidad de otra más excelente palabra de Dios, pronunciada por sus mismos labios é impresa después en los libros de la Sagrada Escritura y en la tradición de su pueblo escogido.

Si es tan admirable el mundo material y tan grandiosas sus enseñanzas, ¿cuán grande y excelente no será la enseñanza que procede de la boca del mismo Dios, y que va encaminada á descorrer el velo del mundo sobrenatural, colocado más allá de este mundo sensible, y destinado á ser eternamente la patria excelsa de las almas?

En los reales palacios todo contribuye á certificarnos la existencia y majestad del rey que dentro de ellos tiene su morada; pero este lenguaje no basta para lenitivo del pueblo en los grandes momentos de la vida.

En estos momentos es necesario que el monarca salga á los balcones de su regia morada y dirija la palabra á sus vasallos, palabra portadora de las grandes enseñanzas de la vida de la patria y de los consuelos en las angustias de la tribulación.

El universo corpóreo es la portada del palacio donde mora la Trinidad Augusta; los descendientes de Adán somos sus vasallos,

ciegos en medio de la brillante luz y pobres en medio de la abundancia. Compadecida esa Trinidad de nuestra ceguera y miseria, como que abandona su plácida morada y se presenta á hablar á sus infortunados hijos para iluminar su ciega ignorancia y poner remedio á su profunda miseria.

Y nos habló un lenguaje lleno de claridad esplendente y de consoladora esperanza. Y nos enseñó de palabra esas verdades incontrastables y vivificadoras que el hombre no supo ó no quiso leer en el libro de la naturaleza. Nos dijo cuál era nuestro origen, cuál nuestro destino y cuál el camino que habíamos de recorrer ó los medios que habíamos de utilizar para unir nuestro levantado origen con nuestro eterno destino. Que venimos de Dios, porque Él nos sacó de la nada; que caminamos hacia Dios, porque Él quiere ser nuestro premio en la patria del Cielo, y que no hay otro camino para llegar á este noble y levantado lugar que el señalado por la palabra y la voluntad del soberano Legislador.

Se dignó, además, confiarnos parte de los secretos que se ocultaban en el ilimitado océano de la Divinidad, para que contempláramos en lontananza por el telescopio de la fe las inefables grandezas que nos tiene su misericordia preparadas en la eterna patria del Cielo. Nos trazó un plan perfectísimo de un mundo nuevo y eterno más elevado, más grande y más adorable que el mundo material, con ser éste tan admirable y tan esplendente.

Nos dibujó el mundo sobrenatural, en el cual quiere que vivan por eternidades sin fin los hombres, que son criaturas suyas, vasallos suyos é hijos suyos, hechos por Él á su imagen y semejanza.

¡Un Dios maestro de los hombres, amigo de los hombres y teniendo sus complacencias en enseñarles y socorrerles! Si esto no es para el hombre cosa excelente y adorable; si el hombre no se cree honrado y ennoblecido al tener por maestro á la infinita sabiduría de su Dios, ¿dónde está la sensatez del hombre? ¿Dónde su agradecimiento?

La forma con que el Señor ha querido comunicar al hombre sus enseñanzas, es prueba irrecusable de la grandeza de su doctrina. En las alturas del monte Sinai, cubierto de densa nube y rodeado del fulgor del relámpago y del estampido del trueno, da á Moisés la Ley para el pueblo escogido. Cuando habla á los

Profetas les da la facultad de hacer milagros, como carácter distintivo de la excelencia de la divina verdad. Cuando la necesidad lo aconseja, y llegada la plenitud de los antiguos tiempos, manda á su propio Hijo para que, con su inmaculada conducta y sus espléndidas maravillas, ponga el más firme y augusto sello á la santidad de la doctrina que aprendiera en el Cielo, en la cátedra de su eterno Padre. Por eso la doctrina de Jesús es el encanto de las almas sencillas y el asombro de los que se tienen por sabios. Ella es santa, noble, desinteresada, llena de paz y de bendición. Con la santidad de su doctrina tiene Jesucristo, según el parecer de hombres eminentes, un argumento incontrastable en favor de su Divinidad. Una doctrina llena de tanta majestad y de excelencia tanta, no puede ser doctrina de un puro hombre, tiene que ser doctrina de un Dios. En efecto, con las bases de esta doctrina se resuelven todas las dificultades y se da solución á todos los problemas que al hombre pueden ocurrir para el tiempo y para la eternidad.

Por último. Cuando Jesucristo fundó la sociedad á que había de encargarse el depósito de su sagrada doctrina, cuya sociedad no es otra que la Iglesia Católica, apostólica, romana, la adornó, como gran sociólogo de la dote de la infalibilidad, en materia de fe y costumbres, con el intento de que las divinas enseñanzas, tanto especulativas como prácticas no sufriesen menoscabo hasta la consumación del mundo. ¡Tan grande es el afecto que Jesús profesó á sus divinas enseñanzas!

Ahora bien; la Doctrina Cristiana, es decir, la doctrina contenida en el Catecismo, es como la esencia, la sustancia, la base, lo más escogido, lo más necesario, lo más grande de toda la doctrina revelada. Su excelencia, pues, no reconoce límites.

II

Valor que tiene á los ojos de Dios la enseñanza y propagación de la Doctrina cristiana. Ninguna duda puede haber de que Dios quiere que su divina palabra y sus santas enseñanzas se propaguen entre todos los hombres y por todos los tiempos y lugares. Cierto es que en el mundo antiguo sólo habló al pueblo hebreo; pero el pueblo hebreo era el antecesor de la Iglesia católica, cuyo enlace se ha verificado en Jesucristo, término del antiguo y comienzo del nuevo Testamento. Mas Jesucristo dió á

los Apóstoles la excelsa y arriesgada misión de predicar el Evangelio por toda la redondez de la tierra. Id, les dijo, *por el Universo mundo y predicad el Evangelio á toda criatura*. Con cuyo intento el mismo Jesucristo les dió ejemplo predicando en los pueblos de Judea y Galilea, y aprovechando para ello especialmente las grandes solemnidades de Jerusalén, á las que concurría gente de todo el mundo entonces conocido. Así cumplió el Salvador la misión que había recibido del Padre de ser la luz de todo hombre que viene á este mundo y de enseñar á las almas toda la verdad.

De aquí sale como consecuencia clara lo mucho que Dios ha de apreciar el nobilísimo ministerio de enseñar entre los hombres la doctrina de su divino Hijo. Porque los Maestros de la Doctrina cristiana son cooperadores de Jesucristo y continuadores de su augusta misión. Son como la reduplicación de Jesucristo (*alter Christus*), y son elevados á una muy especial filiación de hijos de Dios y dioses por participación. Pues á ellos se les puede aplicar este ennoblecimiento de que nos hablan las Sagradas Letras: «He dicho: Sois dioses todos é hijos del Excelso».

Son los Maestros de Doctrina cristiana la luz del mundo. Lo que Jesucristo es por naturaleza: «Yo soy la luz del mundo»; son lo ellos por participación. Por eso dijo Jesús á sus Apóstoles: «Sois la luz del mundo», mas entender que esa luz no debe estar escondida debajo del celémín, sino puesta sobre el candelero para que luzca y con ella se vea perfectamente el camino que conduce á la verdadera vida.

Jesucristo dijo que no había de quedar sin retribución un vaso de agua fría dado á los pobres por amor de Dios. Y ¿quién no ve que será de mucho más agrado del Señor un vaso de Doctrina cristiana que un vaso de agua fría? ¿No vale más alimentar las almas con la enseñanza de la Doctrina que los cuerpos con el refrigerio del agua? ¿No vale más la vida del alma, que es inmortal; que la del cuerpo, que es corruptible?

Más que la luz excede en valor á las tinieblas, y más que el cielo á la tierra, excede la vida del alma á la del cuerpo. Quien alimenta el cuerpo no sale de los términos de la vida del tiempo, pero quien alimenta á las almas entra en los dominios de la eternidad. Así como aquí tienen especial y nobilísimo ministerio, así

en la gloria serán remunerados con una aureola especial: *la aureola de los Doctores*.

Sin término saldría este artículo si hubiéramos de apuntar todas las razones en que se apoya la grandeza que tiene á los ojos de Dios el ministerio de la enseñanza cristiana. Bástenos, pues, por ahora, las aducidas: y que en compendio son estas dos: Ser continuador del ministerio de Jesucristo, y coadyuvar en alta manera al fin nobilísimo de salvar las almas.

¡Oh! ¡Cuánta y cuán imperiosa necesidad hay en los actuales momentos de buenos Maestros de cristiana doctrina, de Apóstoles denodados de la fe, de adalides de la caridad! La impiedad, aborto del infierno, vomita errores trascendentales y doctrinas perversas y corruptoras por todas sus infernales bocas. La cátedra, la prensa, el estampado, el periódico, la revista, la novela, el libro, las reuniones de propaganda, *mitins*, son otras tantas válvulas, mejor diré, son otras tantas piscinas por donde arroja ese libertinaje, asesino de Dios y de los hombres, raudales de doctrinas envenenadas, que siembran por doquiera la corrupción, la degradación y la muerte.

No hay, pues, otro remedio que oponer doctrinas á doctrinas: á la doctrina errónea opongamos la verdadera; á la pestilente, la que lleva el buen olor de Cristo; á la escandalosa, la santamente ejemplar; á la que siembra el espanto y la muerte, la que propague la esperanza, la paz y la vida. A la cátedra de impiedad y libertinaje opongamos la cátedra de piedad y obediencia; á la prensa que vomita el odio, la anarquía y el esterminio opongamos la prensa que desparrame el amor, la paz y la fraternidad cristianas. Los impíos y los libertinos trabajan sin tregua ni descanso para precipitar el mundo en el ateísmo, en la degradación y en la barbarie; trabajemos los católicos para que el mundo crea en Dios y le ame, para que marche por las vías del verdadero progreso y para que se encumbre á las alturas de la verdadera y única civilización, que es la civilización de la Cruz.

A ello nos impulsa el amor á nuestros semejantes, fundado en el amor de Dios; á ello nos invita la esperanza del premio, prometido por la generosidad del Señor; á ello nos llama la voz de Jesucristo, que quiere que seámos sus imitadores; y á ello nos exhorta la voz de los Pontífices que por boca de Pío V, de

Paulo V, Benedicto XIV, León XIII y el actual Pío X ensalzan la enseñanza de la Doctrina, y, con el fin de hacerla más atractiva, otorgan algunos de ellos indulgencias á los que á tal enseñanza se dediquen.

Por los motivos aducidos y por iniciativa y consejo de nuestro Excmo. Prelado, es por lo que emprendemos esta Sección de Catequesis en la presente Revista.

Quisiéramos cumplir bien nuestro cometido, pero desconfiamos de nuestras débiles fuerzas. La gracia de lo alto, la ayuda de superiores y amigos y la indulgencia de los lectores han de ser causas que nos animen en nuestra empresa, y conviertan en bien de las almas las imperfecciones de nuestra pobre pluma.

Nuestro estilo será sencillo en demasía; pues nos encaminamos especialmente á las almas sencillas. Los sacerdotes y demás personas instruídas, que nos favorezcan con su lectura, sabrán dispensarnos los defectos en gracia al noble fin que nos proponemos. Este no es instruirles á ellos, sino sólo servirles como de auxiliares en la enseñanza cristiana de las almas ignorantes, hambrientas de la luz y de las verdades de la fe.

Nuestra norma será la señalada por el Papa Clemente XIII en su bula *In Dominico Agro.*, que dice así: «No se han de conducir los fieles á los pastos por lugares difíciles, ni tampoco se les han de proponer las enseñanzas particulares de los Doctores, aunque sean católicos, sino que se les han de enseñar sólo aquellas verdades que tengan en su favor la nota segurísima de la universalidad, antigüedad y consentimiento de la Doctrina. Además, que no pudiendo el vulgo subir al monte al cual bajó la gloria del Señor; de modo que, si traspasa los términos para verlo, perecerá; por eso es necesario que los Doctores señalen en derredor los términos al pueblo, de tal manera que no divague la enseñanza, fuera de aquellas verdades que son necesarias para la salvación, ó por lo menos muy útiles; y que los fieles se ajusten al precepto del Apóstol: «No saber más de lo que es conveniente saber; sino saber con sobriedad» (1).

Hoy que tanto se habla de *européizarnos* y tanto se persigue á los *analfabetos*, esto es, á los que no saben leer ni escribir, y tanto se encarece la enseñanza *integral* y la enseñanza *laica*, que es la enseñanza sin religión y sin Dios, fácil será que no demos

(1) Rom. 12, 3.

gusto á muchos de esos que tanto charlan de regeneración y de progreso. Nos mirarán con una mirada entre burlesca é insultante; y lo menos que nos llamarán será *clericales*, *oscurantistas* y *antieuropeos*. ¿Cómo taparemos la boca á estos señores? ¿Se atreverían á llamar á Napoleón, al Capitán del siglo XIX, que fué el siglo de las luces, clerical, oscurantista y antieuropeo? Pues allá les va este ejemplo, con el cual pongo término á este artículo-prólogo.

Napoleón I en Santa Elena. El Arzobispo de B... se encontraba en Aix-les-Bains, á donde había ido con el fin de restablecer su salud. Un día le llamaron á la cabecera de una enferma, hija de un célebre general. Acudió en el acto. Era tal el fervor y dulce piedad con que se expresó la moribunda, que, al escucharla, el Arzobispo no pudo contener las lágrimas. Admirado de su extraordinaria instrucción religiosa, la preguntó dónde había sido educada.

—Ilustrísimo Señor, le respondió ella: después de Dios es al Emperador Napoleón á quien debo lo que sé. Yo vivía con mi familia en la isla de Santa Elena. Tenía solo diez años, cuando el Emperador me dijo: «Hija mía, tú eres joven, muchos peligros te aguardan en el mundo. ¿Qué será de ti si no te fortificas con la religión? Tu padre y tu madre no la tienen. Yo tomo á mi cargo el deber que pesa sobre ellos. Ven todos los días, que desde mañana comenzaré á darte mis lecciones».

«Durante dos años consecutivos asistí varias veces por semana al catecismo que me enseñaba el Emperador. Cuando llegué á la edad de trece años, me dijo: «Al presente, hija mía, estás suficientemente instruída. Es necesario que te dispongas á hacer la primera Comunión. Voy á pedir á Francia un sacerdote, á fin de que te prepare para tan grande acto, y á mí para la muerte». El Emperador cumplió su palabra» (1).

Reflexiones sobre el Evangelio.

Dominica I después de Epifanía.

En el de esta Dominica se nos dice que habiendo subido San

(1) *Cateq. du Frère Philippe* (tomado de Ortúzar).

José y la Virgen con su Hijo á Jerusalén para asistir á las fiestas que allí se celebraban, al volverse, le perdieron, buscándole inútilmente por espacio de tres días, hasta que al fin le hallaron en el Templo.

Muchas y muy provechosas reflexiones nos sugiere este pasaje. San José y la Virgen, desandando el camino recorrido y volviéndose á Jerusalén para buscar á Jesús, nos enseñan cómo también nosotros, si tenemos la desgracia de perderle por el pecado, debemos volver atrás, dejar el camino emprendido, es decir, abandonar el pecado por medio de una sincera confesión. Ellos, buscando á su divino Hijo entre parientes y amigos, por las calles y plazas de Jerusalén, pero no hallándole sino en el Templo, nos dan claramente á entender cómo y dónde le hallaremos nosotros.

Pero la principal lección nos la da aquí nuestro divino Salvador. El que, como hombre, era hijo cariñosísimo y modelo de hijos, y como Dios, sabía perfectamente la profunda pena que causaría á sus Padres si les abandonaba, sepárase, sin embargo, de ellos en Jerusalén. Y esto ¿por qué? Para enseñarnos que lo espiritual debe ser antepuesto á lo material, para darnos á entender que cuando se atraviesa el interés de Dios, la gloria de Dios, el negocio de nuestra alma, debe sacrificarse todo, absolutamente todo lo que á ello se oponga, aun cuando se trate de nuestras más caras y dulces afecciones.

La actual sociedad, sin embargo, ó no entiende, ó manifiesta no entender esta lección, que bastaría por sí sola para resolver los pavorosos problemas de que continuamente se nos habla. ¿Cómo va á preferir el interés espiritual al material una sociedad que tiene las entrañas metalizadas? Los hombres de nuestros días, como en otro tiempo el pueblo prevaricador, se han fabricado un dios á su antojo, el becerro de oro, ante quien ofrecen en repugnante holocausto hacienda, vida y honra.

Y, sin embargo, no hay más remedio: ó negamos la existencia del orden espiritual, ó hemos de darle la preferencia sobre el interés material, siendo, como es aquél, muchísimo más noble y elevado que éste.

Por esto resulta incomprensible que en nombre y en aras de la prosperidad material sacrifiquen algunos Gobiernos ó pongan trabas, cuando menos, á la legítima expansión de las Congrega-

ciones religiosas. Los que, siendo buenos hijos y honrados ciudadanos, logran, á costa de muchos sacrificios y rompiéndoseles el corazón en mil pedazos, separarse de sus padres, de su patria y sus amigos para ingresar en religión y atender al negocio de su alma, son luego tratados como parias y sacrificados á título de holgazanes y parásitos que consumen sin producir absolutamente nada (1).

¿Y qué diremos de esos católicos americanistas (2) que, distinguiendo las virtudes en activas y pasivas (3) y enumerando entre éstas la humildad, la paciencia y la obediencia, pretenden relegar las últimas al olvido como anticuadas y no acomodadas á las necesidades de los tiempos actuales? ¿Dan también éstos la debida preferencia á lo espiritual sobre lo material, al negocio del alma sobre el alma del negocio?

Saturados del medio ambiente positivista y materialista que á todos nos rodea, no admiten más virtudes que las que nos inclinan á las obras de misericordia corporales; y no saben, ó al menos fingen ignorar que éstas no serían posibles sin las virtudes que ellos llaman pasivas, sin aquellas virtudes con las cuales véncese el hombre á sí mismo, matando el amor á los placeres y comodidades y la repugnancia que naturalmente se siente en presencia de las miserias de todas clases que nos rodean.

Pero, en suma, dirá, tal vez, al llegar aquí, algún lector algo quisquilloso: ¿qué es lo que se pretende con que demos la preferencia al interés espiritual sobre el material? ¿Por ventura, que nos pasemos todo el santo día en la iglesia oyendo misas, rezando rosarios ó meditando? No, que la ley del trabajo, por ser natural é impuesta, además, por Dios á nuestros primeros padres, abarca á todos, absolutamente todos los hombres, y, por consiguiente, éstos no sólo tienen derecho, sino obligación también de buscar su sustento y el de su familia.

¿Querrá decir, acaso, que hemos de ser todos frailes? Tam-

(1) Sin embargo, no será aventurado asegurar que pasará de 50.000.000 de francos lo que le costará al gobierno francés sostener ahora los establecimientos de enseñanza y beneficencia que estaban á cargo de los Religiosos.

(2) Y conste que abundan mucho también aquí en Europa.

(3) Véase la carta de León XIII al Cardenal Gibbons, 22 Enero 1899. Repugna esta distinción de las virtudes en activas y pasivas, porque la virtud, como el vicio, es un hábito ó costumbre que nos *inclina á obrar*, de modo que es esencial á toda virtud el ser operativa.

co, porque el matrimonio, si no es obligatorio para los individuos en particular, lo es para la sociedad, debiendo ésta crecer y multiplicarse.

¿O es que se pretende con esta máxima introducir de nuevo un gobierno teocrático? Mal lo hacen los que sufrimos en estos tiempos, pero no, tampoco es eso.....

Y ya que tan malicioso te manifiestas con tus preguntas, lector amigo, permíteme que te haga yo también la mía: ¿Dan la preferencia al interés espiritual sobre el material esos padres de familia que en vez de criar y educar á sus hijos para Dios, como es debido, hacen casados la misma vida que hacían cuando solteros?

¿La da, acaso, aquel otro vejete que, después de oír tres ó cuatro misas cada día, sale de la iglesia, dispuesto á dejar un duro al interés módico de un real al mes?

¿Da esta preferencia al orden espiritual ese industrial que, no viendo en sus trabajadores sino algunas ruedas más de su máquina, los explota haciéndoles trabajar más de lo que permiten sus fuerzas y mal pagándoles su jornal? ¿O por ventura la dará el jornalero que, cuando trabaja para el amo, cigarro tras cigarro, deja pasar el día sin hacer apenas nada? No, me dirás, y yo también te lo digo: ninguno de éstos antepone el interés espiritual al temporal; ninguno de ellos practica la lección que en este Evangelio nos da nuestro Salvador. Porque la debida preferencia al interés espiritual sobre el material, al negocio del alma sobre el alma del negocio, sólo la da aquel que, al cumplir las obligaciones generales que como hombre tiene y las especiales que su estado le impone, procura no atropellar los derechos de sus semejantes.

Por esto decía al principio que, poniendo en práctica esta lección, tendrían fácil solución, mejor aún, no existirían los pavorosos problemas y conflictos que nos amenazan.



Explicación de las virtudes.

La santidad en el mundo.

A primera vista parecerá extraño que una revista, aunque sea

y se llame EL CATEQUISTA, se ocupe de materia tal, que más bien parece asunto de libros de ascética ó de mística, que no de revistas que van á correr por el mundo para que sean leídas por toda clase de personas. Y mucho más extraño parecerá en los tiempos actuales, en los que nadie se ocupa de semejanté cosa.

¿Quién habla hoy de santidad? ¿Quién piensa hoy en santificarse? ¿Quién escribe hoy de virtudes? Se piensa, se habla, se discurre de empresas, de negocios, de dinero; pero del alma? ¡Pobrecita alma! ¡Nadie se acuerda de ella! Nadie piensa que tiene un espíritu inmortal, que no se corrompe con el cuerpo, sino que ha de vivir eternamente, y que la vida del alma ha de ser feliz ó desgraciada.

Por eso al ver consignado en una revista el título que encabeza este escrito, quizá alguno dirá para sí: «vaya; cosa de curas ó de monjas». Pero no es así. La santidad afecta y tiene relación con toda clase de personas, hombres y mujeres, clérigos y seculares, ricos y pobres, grandes y pequeños.

Se cree también por algunos que la santidad consiste en encerrarse en un claustro, en estar siempre rezando ó dándose golpes de pecho, en hacerse huraño sin hablar ni tratar con las personas.

No; nada de eso. La santidad consiste en hacer la voluntad de Dios mientras estamos en la tierra, para hacerla después eternamente en el cielo. Sabido es que el hombre ha sido criado para servir á Dios en esta vida y después gozarle en la eterna. De modo que la santidad consiste en servir á Dios. El hombre que sirve á Dios se santifica. Y á Dios se le puede servir en el claustro y en el mundo, en el estado del matrimonio y en el estado eclesiástico, en la riqueza y en la pobreza. La cuestión está en servir á Dios en la forma y modo que Él tiene establecido. Por tanto, el hombre está obligado á procurar su salvación en todos los estados y condiciones de la vida.

Esto hace falta saberlo y explicarlo, para que todos se convenzan de que pueden santificarse en cualquier estado y circunstancias en que la Divina Providencia los haya colocado, con la sola condición de servirle y alabarle durante su peregrinación por este mundo. Y esto se enseña y se explica en los sermones, en las iglesias, en las catequesis y ejercicios espirituales. Mas como la mayoría de los hombres no asisten á tales actos, nece-

sario es decirlo en diversos tonos y maneras para que llegue á conocimiento de todos, por lo mucho que les interesa. De manera que no basta predicarlo, hay que escribirlo, hay que publicarlo y darlo á la imprenta para que lo lean todos, puesto que á todos interesa.

Y ved aquí la razón de por qué en la revista titulada EL CA-TEQUISTA se pone esta sección de las *virtudes cristianas*. En ella se ha de tratar de esa materia tan importante y tan olvidada, á fin de que los que la lean piensen en la obligación que tenemos todos los hombres de santificarnos y de la responsabilidad tremenda que pesa sobre nosotros sino lo hacemos.

Claro es que al hablar de las virtudes cristianas, no vamos á dar un tratado de ascética ó de mística, no, esto ya se encuentra en los autores que han escrito de tales materias; vamos á ocuparnos de las virtudes en la vida cristiana, pero de una manera sencilla y popular para que todos lo entiendan, y entendiéndolo, lo practiquen, y practicando lo que la doctrina católica enseña sobre las virtudes cristianas, se santifiquen y consigan el fin para que el hombre fué criado. Por tanto, nada de retóricas, que sólo entiendan los eruditos, nada de elucubraciones metafísicas, de conceptos teológicos elevados, de cuestiones teóricas que serán muy buenas en otros escritos, pero no en esta parte, en la que sólo se busca la santificación de la vida cristiana por medio del ejercicio y práctica de las virtudes que nos enseñó Jesucristo.

Fuerza es confesar, que si hoy hay grande ignorancia en la doctrina cristiana, como dice nuestro insigne Pontífice Pío X, existe mucho mayor, si cabe, en el asunto que nos ocupa. Se cree ordinariamente que las virtudes empequeñecen á los hombres; que no se puede ser hombre virtuoso y hombre grande en todos los órdenes de la vida; que al dedicarse el hombre á la virtud se ha incapacitado ya para el progreso, para acometer ciertas empresas, en una palabra, para vivir en sociedad; precisamente es todo lo contrario. Los hombres que más han sobresalido en la ciencia, en la mecánica, en las artes y en la industria, han sido los buenos y virtuosos, es decir, los que han sabido dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Pues eso es lo que nos proponemos hacer ver en esta sección, á saber, que el hombre puede ser virtuoso, es decir, santo en todos los estados y ocupaciones de la vida: en el estudio, en la

ciencia, en la industria, en el comercio, en la milicia, en el trabajo, en las fábricas, en los talleres, en fin, en todos los desenvolvimientos de la inteligencia humana, y como consecuencia lógica, que el hombre virtuoso y santo es el más feliz de los hombres, en cuanto que puede serlo en este valle de lágrimas.

Al hablar en esta sección de la santidad, no queremos referirnos á esa aureola de gloria que adorna las sienes de los bienaventurados sobre los que la Iglesia ha pronunciado su infalible juicio de beatificación y permitido y mandado que sus imágenes se pongan en los altares. No, eso solamente se refiere á aquellas almas extraordinarias y privilegiadas que, correspondiendo á la divina gracia, han llegado á la cumbre de la perfección en el más alto grado de heroicidad.

Decimos la santidad en el mundo, equivalente á la santificación de las almas, esto es, el odio al pecado y la práctica de la virtud, ó lo que es igual, la salvación. De manera que en los escritos de esta sección nos proponemos estimular á los hombres á que, viviendo en el mundo, salven sus almas, consigan el cielo, y esto por medio del ejercicio de las virtudes cristianas.

Liturgia.

NOCIONES PREVIAS

Convencido el hombre por la voz de su conciencia y de su razón, así como por la vista del mundo en que vive, de que existe sobre él y la naturaleza un poder supremo del cual depende y continuamente recibe pruebas inequívocas de la paternal solicitud con que le atiende, conservándole la existencia de El recibida y experimentando el influjo de su acción divina en cuantos actos ejecuta; convencido, igualmente, de que debe á su Autor y Señor homenajes de adoración y respeto, reconocimiento del soberano dominio de Aquél y de su propia dependencia, así como el deber y la propia conveniencia de implorar los auxilios de la Divinidad: nada más lógico que el hombre, por naturaleza religioso, trate de manifestar su esencial dependencia de Dios, prestándole la sumisión y adoración debidas en la forma y modo que más plazca á la infinita Sabiduría determinar.

Es indudable que el hombre, como compuesto de alma y cuerpo, debe no sólo someter á Dios sus facultades psíquicas, entendimiento y voluntad, reconociendo y confesando de este

modo su dominio y excelencia sobre toda criatura, su bondad suma, su justicia, su providencia y los grandes beneficios que su Criador le otorga, y en lo cual precisamente consiste el culto interno, sino que también sujeto y dependiente de Dios, por parte del cuerpo, debe rendirle acción de gracias por los beneficios y bienes corporales y sensibles que constantemente de El recibe, por medio de palabras y signos corporales de adoración y reverencia, que demuestren la suprema excelencia de Dios y dominio eminente que tiene sobre todo lo creado, lo cual constituye el culto externo, que, aunque menos principal é importante que el interno, sin embargo, lo mantiene vivo, conserva y fomenta.

Pero, como el hombre, á más de individuo, puede y debe considerársele como miembro de la sociedad en que vive, conspirando con ella á conseguir el fin que le ha sido señalado, que, en último término, no es otro sino honrar á Dios en esta vida para después poseerle en la otra; de aquí la necesidad de que llene tan elevados fines practicando fielmente las sabias disposiciones y reglas dadas por la única autoridad legítima de esta sociedad religiosa, que es la Iglesia. Esto es precisamente en lo que consiste la *Liturgia*.

DEFINICIÓN DE LA LITURGIA. La palabra *Liturgia*, compuesta de las dos griegas (*leiton* y *ergon*), etimológicamente quiere decir *obra ó ministerio público*. Aunque en los primeros siglos de la Iglesia se usara para significar el sacrificio de Cristo, y especialmente para designar la celebración del sacrificio eucarístico; hoy ya su significado es más lato, y comprende todo el culto público dado á Dios en la Iglesia católica, abrazando en este sentido todas las funciones del culto divino, á saber: la Misa, Oficio divino, administración de Sacramentos, exequias, bendiciones, procesiones, funciones episcopales, etc.; pudiendo definir la Liturgia diciendo que es *la esencia, que trata de los símbolos, objetos, palabras, acciones y cantos con que la Iglesia forma su culto externo y público, y da á la vez el conjunto de reglas que han de seguirse en su empleo; ó más lacónicamente: la forma externa del culto público, que consta de varios ritos y ceremonias instituidos por la Iglesia*. De estas definiciones se deduce con claridad qué es lo que constituye la esencia de la Liturgia, cuál es su objeto y cuál el autor de ella; cosas que iremos desenvolviendo en la mejor forma que nos sea dado.

ESENCIA DE LA LITURGIA. La constituye todo el conjunto de sagrados ritos y ceremonias. *Ceremonia* es ó la acción externa del culto con todas sus circunstancias y en su conjunto, ó solamente aquello que hay de accidental en esta acción. *El rito sagrado* también se toma en diversos sentidos, ó se le considera como la regla á la que debe conformarse la acción exterior del culto, y en tal caso la ceremonia no es más que la aplicación del rito, ó sea el rito traducido en acto; ó se toma el rito sagrado en

cuanto que significa lo que es esencial en la acción exterior del culto, y entonces el rito es á la ceremonia lo que la esencia es á los accidentes. De cualquier manera caen bajo estas dos palabras, las cosas, palabras y acciones dirigidas á Dios, que es lo que constituye la Liturgia.

OBJETO DE LA LITURGIA. Este estriba en el culto debido á Dios por la obligación que nace de las múltiples relaciones, que, como arriba hemos indicado, tiene la criatura con su Creador, de tal manera que le rinda *alabanza* por su infinita Majestad, *acción de gracias* por los beneficios recibidos, ya en el orden natural, ya en el sobrenatural de la gracia; *propiciaciones* para aplacar á Dios y que oiga nuestras preces; *satisfacciones* ó *expiaciones* para obtener el perdón de los pecados; é *impetraciones* para conseguir todos los bienes, ya espirituales, ya temporales.

(Continuará).



Variedades.

El Catecismo en Roma. El niño Rodolfo Furnari ha sido el que ha ganado este año el primer premio del Catecismo ofrecido por Su Santidad, cuyo premio se disputaron los 300 alumnos mejores de las escuelas municipales de aquella capital.

Una carroza del Vaticano, en la que iba un camarero secreto del Papa, fué á buscar al niño premiado á su domicilio, de donde se le condujo al Vaticano, cuya guardia se formó á su llegada y le presentó las armas. El Cardenal Vicario le llevó á las habitaciones del Soberano Pontífice, quien, al entregarle el premio y dirigirle calurosos elogios, le dió su bendición. Después almorzó con el Cardenal Vicario, siendo de nuevo conducido á su casa con el mismo ceremonial que había venido.

Santoral.

Día 7, Domingo. S. Julián, m.
(Abrense las relaciones).

Día 8, lunes. Stos. Luciano, m., y Severino, ob.

Día 9, martes. S. Julián y Santa Basilisa, m.

Día 10, miércoles. Stos. Nicanor, d., y Guillermo, a.

Día 11, jueves. Stos. Atanasio é Higinio, mrs.

Día 12, viernes. San Benito, abad.

Día 13, sábado. S. Gumersindo, pbro.